

Seminario 11, capítulos VI y VII

José Andrés Múgica

San Sebastián, 15 de Diciembre de 2018

Hoy vamos a comentar los dos primeros capítulos de los cuatro que se engloban en este nuevo apartado del seminario, dedicado a la mirada como objeto “a” minúscula. En un primer abordaje, estos cuatro capítulos constituye un grupo aparte dentro el seminario “Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis”, están intercalados entre los dos primeros conceptos -inconsciente y repetición- y los dos siguientes -la transferencia y la pulsión- y no se sabe a qué responden en el desarrollo del mismo. La mirada no es un concepto fundamental del psicoanálisis; en el seminario impartido el año anterior, “La angustia”, la mirada es una de las cinco formas del objeto “a”, objeto “a” que es el punto de llegada de las elaboraciones que Lacan realiza en torno al real humano, al real propio del psicoanálisis, lo que considera su aportación fundamental. Sorprende el que dedique a una de ellas un estudio tan largo y detallado, en el centro de un seminario sintético y conceptual. Los tres registros: imaginario, simbólico y real están presentes, desde el inicio, en todas sus elaboraciones en torno al sujeto, pero el acento de su investigación varía según los periodos.

En este seminario, tras haber estado investigando los años anteriores lo real, realiza articulaciones originales que van más allá de los conceptos freudianos, y en estos capítulos recorre el meollo de las fuentes en las que ha bebido y esboza los recorridos por los que transitará en el futuro. Tiene algo de corte, corte al que tanto se refiere en estas páginas en la concepción del inconsciente como corte, como también en cuanto a la dirección de la cura.

Al final del seminario de “La angustia”, seminario dictado el año anterior, en la página 365 concluye: “La única vía en la que el deseo puede librarnos aquello en lo que deberemos reconocernos como el objeto “a” en tanto que, en su término, término sin duda nunca alcanzado, él es nuestra existencia más radical, sólo se abre situando “a”, en cuanto tal, en el campo del Otro. Y no sólo es que deba ser en él situado, sino que es

situado en él por cada uno de nosotros y por todos. Es, nada más y nada menos, la posibilidad de la transferencia”, después añade: “Lo que hace de un psicoanálisis una aventura única es la búsqueda del agalma en el campo del Otro”. Es una definición de la cura analítica y de la manera de conceptualizar la transferencia en torno al objeto “a” que acaba de desarrollar, y que nos dice está presente tanto en la emergencia del sujeto, como en la instalación de la transferencia y en su resolución en el final de la cura.

En los cinco objetos “a”: oral, anal, fálico, mirada e invocante, ha diferenciado, en cada uno de ellos, el punto de angustia y el punto de deseo, que están separados; hay una distancia entre la experiencia de la angustia de castración y el deseo, fácil de situar en los tres primeros niveles que son los que Freud más desarrolló. En estos niveles, los objetos pasan por la demanda, tanto la castración como el deseo se sitúan en torno a la demanda de objetos representables; el oral es el primer objeto entre el sujeto y el Otro, el anal es el primer objeto de la demanda en el que el sujeto puede reconocerse (el falo deja de considerarlo objeto parcial), no así en torno a los objetos mirada y voz, objetos que requieren de una exploración más compleja. En ellos no nos encontramos en el nivel de la demanda, que por estructura es imposible de enunciar en el campo escópico, (frases como: “nunca me miras donde yo te veo”), como muestra el bello poema de Aragón que abre el Seminario, prácticamente imposible de memorizar por su endiablada sintaxis. Además la mirada no entra en el juego de la demanda, se puede mirar a alguien sin su consentimiento, en el recorrido de este objeto la demanda no es explícita, siendo complicado articular una teoría sobre ella como objeto “a”, objeto de deseo y lugar de castración.

Aquí, el punto de angustia y el punto de deseo coinciden, aunque no se confunden, lo que hace de él un lugar privilegiado para ocultar la castración, a la vez que es el lugar donde puede representarse la articulación entre la castración y el deseo ya que el sujeto, en tanto deseante, no está indeterminado en este campo aunque la castración se oculte. Articular castración y deseo es el punto en el que quedó varado el psicoanálisis freudiano. También el carácter imaginario de la mirada es el

sostén del narcisismo, y la mirada da consistencia al fantasma, reducto de la organización subjetiva. Articular la mirada en su presentación imaginaria, con la división subjetiva producida por el universo simbólico y el aparejo corporal, es un paso obligado para poder ubicar el “a” en el Otro de la transferencia, que como hemos visto es el objetivo que se marcaba al final del seminario anterior.

La transferencia tiene varios componentes: como amor de transferencia es como primero se conceptualizó, luego Freud vio que era el motor de la cura y su mayor resistencia a la vez; en torno a la transferencia se pueden articular todas las elaboraciones psicoanalíticas, aquí de lo que se trata es de su vertiente pulsional, la que tiene que ver con el objeto “a”.

El seminario, y especialmente esta primera parte, está condicionado por el público al que se dirige, público que ha variado tras su conflicto institucional en el seno de la IPA, lo que ha traído aparejado un cambio en el programa de enseñanza que tenía previsto, además de un cambio del lugar donde dicta el seminario, y también del público asistente. Se dirige ahora a un nuevo público más joven, en gran parte filósofos, que se unen a los analistas que acudían habitualmente a sus seminarios. En la página 85 nos dice, en contestación a una pregunta que le formulan: “Voy a considerar el asunto desde más atrás, diciéndoles que mi discurso apunta aquí a dos miras: una concierne a los analistas, la otra, a los que están aquí para saber si el psicoanálisis es una ciencia”. “El psicoanálisis no es ni una *Weltanschauung* (concepción del mundo), ni una filosofía que pretende dar la clave del universo. Está regido por un punto de mira particular, históricamente definido por la elaboración de la noción de sujeto. Postula esta noción (la de sujeto), de manera nueva, regresando al sujeto a su dependencia del significante”.

Los capítulos que vamos a tratar, están dedicados, por una parte, a diferenciar la concepción del sujeto del psicoanálisis, tal y como Freud lo inventó, en su dependencia del significante, de las concepciones del sujeto previas, forjadas por la Filosofía, y también del sujeto de la Ciencia y de la religión. Por la otra parte, continúa con el progreso de la enseñanza

dirigida a los psicoanalistas, a partir de la dirección de la cura y su conclusión.

En su exposición transita por disciplinas por las que no transita habitualmente, rindiendo homenaje a sus compañeros de generación, varios de ellos encuadrados dentro del grupo surrealista. Hace mención a Aragón, Dalí, Caillois, componentes del grupo que desde diferentes campos se adentraron en una investigación sobre la condición humana, alejada de los saberes habituales, una investigación arriesgada que tiene algo de aventura incierta. El psicoanálisis, que también subvierte el sentido común, interesó a los surrealistas, y de los surrealistas obtuvo el psicoanálisis muchas enseñanzas. A diferencia del conocimiento científico que tiende a la universalización y a la eliminación de los rasgos distintivos particulares, hay en estos capítulos muchas referencias a sujetos singulares, que transitaron caminos originales, integrando experiencias que el saber de su época no consideraba.

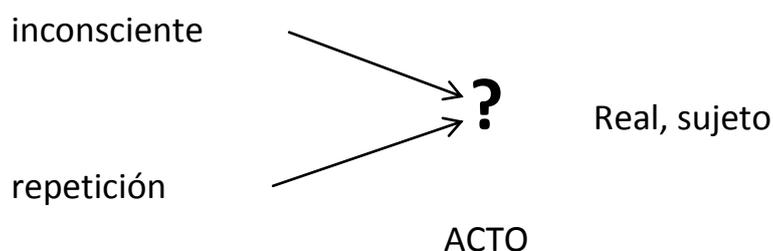
Entre todas, destaca la amplísima referencia a Maurice Merleau-Ponty, a cuya obra vuelve Lacan continuamente en estos capítulos. Contribuye a ello, sin duda, la publicación del texto póstumo “Lo visible y lo invisible”, una recopilación de sus últimos trabajos y líneas de investigación, realizada recientemente tras su repentina muerte. Durante los cuatro capítulos volverá a esta obra repetidamente, a veces para señalar las divergencias que tiene con el psicoanálisis, otras para rendirle homenaje señalando coincidencias con la suya, y otras para realizar desarrollos propios a partir de distintos aspectos de la misma. Su lectura le anima en sus propios desarrollos, no tenía pensado dedicar tanto espacio a la pulsión escópica, pero es algo que se le impone por el acontecimiento actual.

Esta doble orientación, el dirigirse a dos tipos de público, está especialmente presente en este inicio del seminario, ya que el desarrollo de inconsciente y repetición, los dos primeros conceptos, se presta más a recorridos filosóficos, la transferencia y la pulsión son conceptos cuyo abordaje sólo puede realizarse en el desarrollo de la cura y competen a los psicoanalistas, son más clínicos.

Al inicio del capítulo 2 escribe en la pizarra un esquema del proyecto de trabajo del año, de los cuatro conceptos nos dice que abordará los tres primeros, en cuanto a la pulsión: “su acceso es todavía tan difícil, tan inexplorado, que no creo que este año pueda hacer más que tocarla y únicamente después de que hayamos hablado de la transferencia” (pg. 27).

Ve por lo tanto necesario seguir un orden en el abordaje de los conceptos, el de inconsciente es previo al de repetición, y para abordar la pulsión se precisa primero tratar la transferencia. Al acabar el seminario podemos decir que se cumple su pronóstico inicial: ha situado lo real del sujeto en relación a la cadena significativa, marcando a partir de la transferencia en la cura, su articulación con la pulsión, algo que realizará posteriormente en el seminario sobre “El acto analítico”. Este recorrido conceptual puede transponerse al que se realiza en cada cura analítica.

En la pizarra dibuja un esquema que no está en el texto del seminario, pero que sí está comentado y se puede reproducir: escribe el inconsciente, debajo la repetición y dos líneas que salen de ellos para converger en un punto donde sitúa una gran interrogación y tras ellos el sujeto y lo real.



Estos dos términos, sujeto y real, se corresponden a la pregunta: ¿el psicoanálisis puede ser considerado por nosotros como algo que constituye una ciencia, una esperanza de ciencia?, desarrollo que realiza para los filósofos deslindando el conocimiento del psicoanálisis del de la Filosofía, y continúa el desarrollo de la interrogación a partir de los otros dos, la transferencia y la pulsión. Hasta aquí ha desarrollado los dos primeros, en estos capítulos estamos en el punto de enganchar la

repetición, que ha desarrollado en el capítulo anterior, con la transferencia, paso obligado para el abordaje de la pulsión.

En este momento, aunque ya había avanzado el cambio, abandona la representación del sujeto en el espacio euclidiano donde lo real no tiene cabida, y señala los campos en que se apoyará en sus desarrollos futuros para poder pensar el psicoanálisis: las matemáticas y la topología. “En efecto, si el concepto se modela según un acercamiento a la realidad que él está hecho para aprehender, solo mediante un salto, un paso al límite, cobra forma acabada realizándose. Por tanto esto requiere que digamos en qué puede cobrar forma acabada (digamos, en forma de cantidad finita) la elaboración conceptual que llamamos inconsciente”. Dar cuenta de un sujeto, considerando su real propio, es su objetivo fundamental: “el psicoanálisis está orientado hacia lo que es en la experiencia el hueso de lo real”. Es un proyecto ambicioso, algo que Freud no consiguió.

El capítulo anterior, capítulo cinco, termina con una intervención de Françoise Dolto, que en su pregunta señala la necesidad de referirse a los estadios, que no se puede prescindir de ellos a la hora de hablar del complejo de castración y de la organización libidinal. Lacan en su respuesta le da la razón, afirmando que los estadios se organizan en torno a la angustia de castración, es algo en lo que ha insistido reiteradamente: así como el complejo de Edipo es un mito, la castración es real, considerando la castración de una manera distinta a la manera como se la consideraba en la época. Critica las teorías que contemplan las fases libidinales como etapas de un desarrollo progresivo que acaba en la genitalidad, algo que se imponía en el psicoanálisis de la IPA. Para Lacan, un desarrollo natural progresivo, empático, no es posible para el hablante, ya que el universo simbólico, el lenguaje, que baña al humano desde su nacimiento, trastoca toda evolución natural posible.

Existía en los postfreudianos el ideal de un desarrollo progresivo, madurativo, que subsumía todos los desencuentros previos de las pulsiones parciales en la pulsión genital, lo que se puede entender como la inclusión de la tyché en el automaton, una superación de los malos encuentros. Lacan rompe esta ilusión de forma rotunda: “ningún falo

todopoderoso es capaz de cerrar la dialéctica de la relación del sujeto con el Otro y lo Real”, lo que en términos clínicos puede entenderse como que ningún saber sabido por el sujeto podrá solucionar su síntoma. Lo Real queda fuera del automaton, ambos coexisten, pero la tyché nunca podrá integrarse en el automaton, lo que es fundamental para situar la posición del analista en la interpretación de la transferencia.

En dos ocasiones al principio de los capítulos dos y siete hace referencia a la castración al leer el poema de Aragon “Cant fou”, hermosos versos que nos introducen en las paradojas del campo a trabajar, el de la compleja organización del espacio donde se ubica el sujeto y sus objetos. El poema tiene como epílogo: “así dijo una vez An-Nadjii, como quiera que se le hubiese invitado a una circuncisión”. La circuncisión es un ritual muy antiguo, que se retrotrae por lo menos a los egipcios, y que se ha practicado y practica en muchas culturas como ritual de iniciación. En el ritual se sanciona la relación permanente con un objeto perdido, introduciendo un orden en un agujero, en el fallo constitutivo de la castración primordial, con la normativización del objeto de deseo en tanto objeto separado, “separación de una parte del cuerpo a la que queda el sujeto alienado para siempre, lo que produce un ordenamiento del deseo”. La circuncisión organiza el deseo.

Más adelante nos dice que la referencia a la castración genital y a la escena primaria tienen un carácter facticio; facticio es algo que ocurre que no se refiera a la realidad, una explicación que se aleja de lo que en realidad sucede (el trastorno facticio se emplea cada vez más en Medicina en referencia a algo inexistente y engañoso, hay que diferenciarlo de ficticio que apunta a una intención por parte del sujeto, lo facticio aunque se aleja de lo real no contempla el montaje intencional). En el relato de los pacientes la escena primaria aparece como trauma fundamental del sujeto, inscripción del primer encuentro con la sexualidad genital, en un contexto casi siempre escópico, o bien de algo visto en el campo del Otro, que suelda lo traumático con la observación del acto sexual. Nos dice que su carácter es facticio, sin que en el relato, como en el caso del hombre de los lobos, aparezcan claramente en la escena los órganos sexuales, y si lo hacen es de una manera intermitente, recortada. La escena primaria,

colocada en este primer plano recubre las divisiones previas vividas en torno a los objetos pulsionales parciales, distychias, malos encuentros. Acuña en referencia a estos desencuentros el concepto de lo tíquico, adjetivo derivado de la tyché que considera que “es fundamental para entender lo que tiene que ver con el desarrollo en psicoanálisis”; más que de una evolución histórica desarrollista, progresiva, se trata de estos desencuentros, de los cortes.

El complejo de castración es sostén de todo el edificio freudiano, y a la vez el obstáculo con el que Freud se topó, tanto en su teoría como en su práctica, la roca de la castración como tope que dejaba sin articular la significación de castración presente en todo final de la cura, con el deseo indestructible, motor y causa de la acción humana. Ante este escollo, a la hora de pensar el camino del sujeto, nos dice Lacan, no nos podemos consolar con un trauma reflejo de facticidad. “Aquí libre de proseguir en el camino por donde los llevo, la vía que mejor me parezca paso mi ganchillo a través de la labor y salto del lado donde se plantea la pregunta que se ofrece como encrucijada, entre nosotros y todos los que intentan pensar el camino del sujeto”. (pg. 79)

“Este camino, en tanto es búsqueda de la verdad, ¿habrá que desbrozarlo con nuestro estilo de aventura, con su trauma reflejo de facticidad? ¿O localizarlo donde siempre... la percepción, el conocimiento...?”, camino que no seguirá tampoco, adentrándose en la búsqueda por un camino propio del psicoanálisis con el apoyo de otros saberes, saberes en apariencia heterogéneos.

Lacan, lo mismo que Freud, utiliza modelos ópticos para situar al sujeto del inconsciente. El recurrir a los modelos ópticos en el espacio tridimensional, parece que es el paso obligado a la hora de representar cualquier tipo de conocimiento, incluido el del inconsciente. Al principio de los “Escritos” sitúa “El estadio del espejo como formador de la función del yo (je) tal y como se nos revela en la experiencia psicoanalítica”, donde sitúa el nacimiento de la subjetividad en el momento en el que el *infans* se identifica a su imagen especular. Primera experiencia de unidad, ya que hasta ese momento no tiene una sensación cenestésica unificada de sí mismo, siendo la primera unidad la de la imagen a la que se aliena. Este

momento de anticipación será el patrón de todo acceso al conocimiento, ligado a esa imagen unitaria tanto del sujeto como del objeto, un sujeto transparente a sí mismo como conciencia en acto.

Durante los años siguientes va realizando progresivas elaboraciones de este estadio del espejo. El esquema se va completando y complejizando, incluyendo en él también el desarrollo de la cura analítica, hasta su versión última en el escrito “Observaciones sobre el informe de Daniel Lagache”, donde da una representación del sujeto mediante el entrecruzamiento de dos espejos, uno plano y el otro cóncavo, donde sitúa los registros imaginario, simbólico y real. El hombre se constituye en una confluencia de miradas, por un lado la realidad que le devuelven los objetos (el espejo cóncavo) y por otro la mirada del Otro, cuando se vuelve hacia quien le sostiene en brazos, confluencia de la imagen con el lenguaje, el universo simbólico.

Vamos a situar el esquema en la pizarra (pg. 150) ya que nos sirve de referencia para representar la diferencia del conocimiento en psicoanálisis, conocimiento que incluye el Real propio cada sujeto, del conocimiento filosófico y del real de la ciencia. Funciona como un modelo teórico, sin ninguna relación con la anatomía: el espejo cóncavo produce una imagen real de un objeto colocado en el centro de su curvatura. Para que se produzca la ilusión visual, el ojo del observador, situado sobre el espejo en el esquema, tiene que estar en una posición determinada, dentro de unas coordenadas.

El espejo plano, donde sitúa el registro simbólico A, proporciona imágenes virtuales, en un espacio virtual situado detrás del espejo, y en él no puede aparecer la imagen real, sin imagen especular. En él esquema podemos situar el estadio del espejo con el transitivismo entre $i(a)$ e $i'(a)$, su imagen análoga. Este esquema representa el entrecruzamiento de los registros imaginario y simbólico, sin posibilidad de representación de lo real, motivo por el que a partir de aquí abandonará este modelo pasando a utilizar modelos topológicos.

Desde el seminario 7 “La ética del psicoanálisis”, Lacan dedica preferentemente su atención al estudio de lo Real, a partir de la lectura

que realiza del “Proyecto de una psicología para neurólogos”. Ya en este seminario, en el acercamiento a lo Real, dedica una amplia referencia a la anamorfosis: titula uno de sus capítulos “el amor cortés en anamorfosis” y nos habla del cuadro “Los embajadores “, de Holbein, al que dedica su atención ahora en sus desarrollos sobre la mirada como objeto “a”. En aquel momento se refiere a la anamorfosis como un punto significativo que representa la falta de consistencia del sujeto, el vacío, el vacío de la Cosa, el objeto perdido situado en el corazón de la red de los significantes.

En el seminario del año anterior “La angustia” relaciona lo real con el objeto “a”. Nos dice que el objeto “a” es una construcción lógica, su notación es algebraica para señalar su identidad consigo mismo, no se refiere a ningún objeto material común, ni tiene ninguna significación. Simboliza lo que en el significante se presenta como perdido y diferentes objetos van a poder actuar como objetos “a”, entre ellos la mirada, por eso el título de hoy es “de la mirada como objeto a minúscula”, lo que quiere decir que la mirada puede ocupar el lugar de objeto “a”, no que sea el objeto “a”. El objeto “a” es pura pérdida en la que pueden alojarse componentes orgánicos nos dirá más adelante, al abordar la pulsión en la página 188 de este mismo seminario: “la pulsión no tiene más relación con el sujeto que la de una comunidad topológica, el inconsciente situado en las hiancias que la distribución de las catexias significantes instaure en el sujeto..., por cuanto en el aparejo del cuerpo están estructuradas de la misma manera: a causa de la unidad topológica de las hiancias en juego, la pulsión halla su papel en el funcionamiento del inconsciente”.

Lacan nos dice que en el psicoanálisis se trata del organismo, que todo órgano da deberes al sujeto, y que la frase freudiana de “la anatomía es el destino” hay que entenderla en el sentido literal de su etimología griega, la anatomía como corte (tomos). El sujeto del significante tiene deberes que realizar con lo que de su organismo queda atrapado por la acción del simbólico, que modifica su condición de viviente para convertirlo en sujeto.

Voy a tratar primero la crítica que realiza a las teorías del conocimiento, tal y como aparece en la historia de la Filosofía, el camino que se interrogaba si seguir para salir del tope de la castración, y que

desecha tras realizar esta crítica. Pasaré después a la articulación entre castración y deseo, entre el menos phi y el objeto causa del deseo, a partir de la mirada como objeto “a” minúscula. Si no se separan estos campos, aparecen entremezclados en la lectura, haciéndola dispersa.

En el campo escópico se elaboran las teorías del conocimiento humano, hecho que viene condicionado por ser el estadio del espejo el momento constituyente del sujeto, con una representación especular del sujeto y del objeto que condiciona todo conocimiento futuro. El rasgo unario se constituye en ese espacio visual y da el patrón de lo que va a ser el conocimiento, un conocimiento de un sujeto transparente a sí mismo como conciencia en el acto de conocer, “me veo verme”. Aquí se funda la ilusión de conocimiento del yo, que modela y construye el objeto del conocimiento basándose en la relación especular, ilusión de conocimiento y de transparencia de la conciencia, sin considerar la castración, el resto no especularizable.

¿Es correlativo del cogito cartesiano en el cual el sujeto se capta como pensamiento? (pg. 87), ¿el me veo verme es el fundamento de la certeza del sujeto? Es evidente que los objetos que percibo están fuera de mí, y sin embargo por la reflexión bipolar, mis representaciones me pertenecen, lo que lleva a un idealismo (el obispo Berkeley). ¿Cómo negar que no me aparecen en el mundo más que mis representaciones?

La Fenomenología parecía prometer una salida del idealismo filosófico; para los fenomenólogos queda claro que la percepción no está en mí, está en los objetos del mundo, lo que parecía romper con el “me veo verme”.

Comenta en detalle el libro “Lo visible y lo invisible”, obra de Maurice Merleau Ponty recientemente publicada, de manera póstuma; maestro de una generación de filósofos y amigo de Lacan desde hace muchos años. Partiendo de la Fenomenología, M.M.P va elaborando una teoría propia del sujeto, novedosa en relación a las teorías de la época, Lacan le sitúa “en el límite de la filosofía”, comprometido en la búsqueda un asiento de la subjetividad. Contemporáneos los dos, tuvieron momentos de intenso debate (como en el coloquio de Bonneval donde plantearon abiertamente sus discrepancias). La dependencia del sujeto del significante, que sitúa el psicoanálisis en el origen de toda elaboración, es el punto diferenciador de sus teorías.

Partiendo de la fenomenología, M.M.P, desde su obra inicial “Fenomenología de la percepción” (1945) se va alejando del idealismo filosófico. La fenomenología es una filosofía de la conciencia, a la que él añade el anclaje corporal, la conciencia no puede verse como una sustancia predefinida cuya función será el conocimiento. No existe una relación entre los objetos y la conciencia ni una estructura intencional del conocimiento, para él, el objeto tiene un estatuto ambiguo que intentará situar.

A la pregunta de la Filosofía, si la percepción que hago del mundo recubre las cosas o no las recubre, una de las respuestas es el idealismo, que tiene como representante más extremo al obispo Berkeley, para quien las representaciones que me hago no tienen por qué representar nada. M.M.P. abandona esta línea preguntándose por la emergencia de un sujeto de la percepción, ¿de dónde surge el sujeto de la percepción? Sus desarrollos iniciales apuntan a la preexistencia de una mirada a la que el sujeto estaría sometido de manera originaria, una mirada universal, un centelleo de las cosas, de donde tiene que surgir el sujeto: comenzar a hablar supone reestructurar el mundo perceptivo a partir de la adaptación de una caja sonora. Hay un entrecruzamiento entre lo visible y el lenguaje, que pone en acción un habla comunicativa a través de la motricidad. Así el lenguaje es una extensión del comportamiento perceptivo. Lacan hace crítica de esta concepción, ya que queriendo distinguirse acaba por retornar al campo filosófico habitual, “parece que vemos dibujarse, en esa obra inacabada, algo así como la búsqueda de una sustancia innominada de la que yo mismo como vidente me extraigo. De las redes, o rayos si quieren, de un viso cambiante del que soy en primer lugar una parte, surjo como ojo, tomando, en cierto modo, emergencia de lo que podría llamar la función de la visura” (pg. 89). Es volver a dar sustancialidad al sujeto.

Posteriormente, en “Lo visible y lo invisible”, existen anotaciones y proyectos de trabajo que apuntan el distanciamiento de la tradición filosófica, con una concepción del sujeto que se acerca a la del sujeto del psicoanálisis. Se trata de reconstruir en lo que él llama “la carne del mundo”, el punto original de la visión. La carne no es el cuerpo, que aquí sería el ojo, ni los objetos con los que se vincula el sujeto, sino la condición

de su posibilidad, aquello por lo que son posibles los objetos. En sus notas póstumas usa la topología, sobre todo la reversibilidad del dedo de guante, para explicar el nacimiento del punto original de la visión. La diferencia entre el cuerpo vidente y el cuerpo visible descansa en el quiasma de lo visible, lo invisible es lo que en lo visible es estructuralmente imposible de ver, pero que a su vez sostiene la visión, lo visible tiene su almacén en lo invisible. La causa no es el cuerpo ni los objetos que establecen un vínculo con el sujeto, sino su condición de posibilidad. “En el comienzo no está la conciencia, sino un sentir anónimo y carnal del cual el sujeto debe extraerse. Respecto de esta procedencia la conciencia siempre será ciega, ya que no puede ver lo que condiciona su propia visión”.

El concepto de “carne del mundo”, resuena a la libra de carne del mercader de Venecia a la que Lacan se ha referido el año anterior respecto al objeto “a”. Recuerda el mito de Artemisa; Artemisa, divinidad protectora de la caza, se está bañando en un estanque del bosque cuando es sorprendida por el príncipe tebano Acteón, que va de caza con sus perros. Al decirle que la ha visto desnuda, la diosa se enoja de tal manera que lo convierte en ciervo, lanzando a los perros para que devoren a su amo y lo reduzcan a pedazos. El olor salvaje de la caza y el cuerpo fragmentado evocan al objeto “a”, libra de carne.

El pathos del corte, la parte de nosotros que está atrapada en la máquina y que es irrecuperable para siempre, sostén de la función de la causa. La frase de Freud, “la anatomía es el destino”, hay que entenderla en su sentido literal en griego, como corte, el corte que el significante realiza en los bordes del cuerpo.

En los capítulos siguientes Lacan cita aspectos de esta obra que intuyen una concepción subjetiva distinta, sin variar en su diferencia fundamental respecto al psicoanálisis, la dependencia del sujeto del psicoanálisis del significante. Lo dice claramente a una pregunta que le hace Jacques Alain Miller.

Dentro de los desarrollos filosóficos, está también la referencia a J.P. Sartre, quien en su obra “El ser y la nada” hace una descripción del campo visual en el capítulo titulado “la existencia del prójimo”. Ya no se

trata de una conciencia transparente a sí misma sino de la intersubjetividad. Lacan elogia la maestría de la descripción, sobre todo del último de los ejemplos que cita: se trata de un sujeto que mira por el ojo de la cerradura de una habitación situada en el pasillo de un hotel, oye pasos que se acercan y en ese momento, siente que le miran y se vuelve él objeto de la mirada de otro, se le presentifica una mirada desde el exterior. Lo que le mira nunca son los ojos sino una presencia del otro imaginado, algo que se imagina en el campo del Otro, la mirada no es una mirada vista. Sartre busca la intersubjetividad, situando la mirada en la relación de sujeto a sujeto, captando la imposible coexistencia de mirada y visión, si soy mirado no puedo seguir viendo, si estoy viendo no soy mirado.

Lacan va por otro camino que el de la presencia imaginada, busca al sujeto que se sostiene en la función del deseo, le interesa el mirón como sujeto del deseo. Si la mirada es el revés de la conciencia, como en el dedo de guante dado vuelta, ¿cómo intentar imaginarla?

La otra línea de trabajo, la de la Biología, aparece de entrada en las antípodas del sujeto de la representación de los filósofos. La unión de ambas recuerda la frase de Freud referida a la pulsión como “concepto límite entre lo psíquico y lo biológico”, parece que sigue el mismo camino, apoyándose en dos campos tan dispares como la crítica a la filosofía del conocimiento y el estudio del mimetismo, para profundizar en el desarrollo de las pulsiones.

Filósofos, científicos e intelectuales debatieron en la época en torno al mimetismo, tanto en la naturaleza como en la relación que podía tener con los comportamientos humanos, buscando afinidades y diferencias. Lacan nos dice que en torno al mimetismo se han dicho muchas tonterías, y se centra en Caillois, un autor que toma como referencia en la materia. Este autor critica la teoría de que el mimetismo se deba a una finalidad práctica de adaptación, algo que sostienen otros autores. Comenta aquí su obra “Medusa y compañía”, pero Caillois realizó también estudios sobre la mantis religiosa y sobre mimetismo y psicastenia, estudios que interesaron a Lacan. Intenta, a diferencia de las teorías adaptativas, formular una teoría materialista del mimetismo. Para Caillois lo

importante es la dimensión corporal, no el tratamiento filosófico de lo representacional, el influjo físico-químico del ambiente sobre las superficies de los insectos es suficiente para explicar el mimetismo, los insectos reaccionan como placas fotográficas que fotografían el entorno y se mimetizan.

Demuestra que la mutación que determina el mimetismo sólo se realiza una vez en la vida, y que no tiene capacidad adaptativa, ya que en los estudios realizados se ve como en el estómago de las aves depredadoras hay tantos insectos mimetizados como no mimetizados, luego el mimetismo no protege de ser devorado. Más aún, resulta peligroso, algo así como un bajar la guardia, de carácter regresivo, semejante el principio de nirvana de “Más allá del principio del placer”, una tendencia a la uniformidad y a lo inanimado que produce una indistinción entre el organismo y el medio, que más que proteger expone a riesgos.

Lo que ocurre en el reino animal como comportamiento, en el humano se produce en el plano imaginario de la representación, como ejemplo cita la devoración del macho tras el acto sexual por parte de la mantis religiosa, algo que en el humano quedaría como un fantasma masculino.

Al margen de esto, el problema de fondo que plantea el mimetismo, que es lo que a Lacan le interesa, es el de saber si hay en el organismo una potencia formadora que tenga dominio sobre el cuerpo mimetizado en relación también con el medio ambiente, distinguiéndose o confundándose con él. Se plantea la pregunta de si los ocelos, manchas que imitan a los ojos, de carácter inquietante, que cautivan por su inmovilismo, impresionan por su parecido con los ojos o si son los ojos los que lo hacen por su parecido con los ocelos. Esto plantea la diferenciación entre la función del ojo (la visión) y la mirada. Sitúa como primera la función de la mancha, la preexistencia de un ‘dato a ver’ respecto de ‘lo visto’. Esta función de la mancha, identificada con la mirada, atraviesa todos los peldaños en la estructura del campo escópico, organizándolo fuera de la visión que se imagina como conciencia.

En el campo escópico la función del órgano se extiende a todo el tegumento, las manchas pigmentarias como respuesta a la luz están presentes en organismos muy primitivos de la escala evolutiva. Este funcionamiento orgánico puede articularse a las funciones simbólicas del hombre, los mecanismos orgánicos como respuesta a la luz van a ser captados en la división subjetiva y el ser humano va a valerse de ellos. “Lo que interesa al psicoanálisis es que todo órgano determina deberes”.

El mimetismo plantea problemas a la unidad de las teorías del conocimiento, ¿cómo es que la salamandra sabe de qué color tiene que ponerse para engañar al buitre leonado? “La naturaleza es sabia”, solía ser la respuesta ante la incómoda pregunta. Se supone en el animal una intencionalidad para conseguir algún beneficio: sexual, alimenticio, de poder o defensa. No se trata de eso, se trata de volverse mancha en el cuadro, el mimetismo no tiene que ver con la adaptación, no hay ningún beneficio ni intención, ningún sí mismo detrás del camuflaje, se trata de insertarse en una función cuyo ejercicio le prende. Hay que poner esto en relación con el sujeto del inconsciente, de cómo el sujeto del significante es incluido en la función biológica.

Caillois equipara el mimetismo animal con lo que en el ser humano se manifiesta como arte o pintura. En los dos capítulos siguientes, Lacan se pregunta: ¿qué es la pintura?, y concluye que en un cuadro siempre se manifiesta algo perteneciente a la mirada, por lo que va a adentrarse en cómo funciona la pintura y los deseos puestos en juego entre el pintor y el observador.

A diferencia de la mirada imaginada por Sartre, la mirada se ve en algunas representaciones pictóricas, sobre todo de máscaras (cita aquí a Goya), donde se ve la mirada. En el capítulo siguiente se refiere a un recuerdo suyo de adolescencia, en el que la mirada se hace presente cuando acompañando a unos pescadores en su faena, el reflejo de una lata en el mar, hizo presencia de mirada. La mirada se ve, puede emerger de improviso en el campo visual, a diferencia de la mirada imaginada, quien se siente sorprendido por la mirada real (reverberación) es el sujeto del deseo, porque el deseo se sitúa en ese campo podemos escamotearlo,

pero está en relación con él, el sujeto se siente sorprendido y avergonzado en la medida que está ahí como sujeto del deseo.

El sueño, vía regia de acceso al inconsciente, nos muestra la estructura del corte propia del sujeto del inconsciente “entre el sueño y el despertar”, cuando accedemos a las formas imaginarias que nos son dadas por el sueño, como opuestas al estado de vigilia (pg. 84). Es la única manera de dar cuerpo a la realidad psíquica sin sustantificarla, el inconsciente aparece como algo a conquistar, no como una sustancia previa, sino como algo a demostrar en el desarrollo de la cura.

Lo que nos hace conciencia, como apunta la fenomenología, nos convierte en seres mirados, pero en el estado de vigilia hay elisión de la mirada, no percibimos que ello nos mira, ni tampoco lo que ello muestra, algo que por el contrario, sí aparece en el sueño donde las imágenes con su intensidad hiperrealista y sus vivos colores se muestran. Nunca en el sueño podría el sujeto captarse como pensamiento, ni dudar, ni decirse como en el cogito cartesiano; respecto al sueño no se puede articular la duda metódica. Sólo ese dado a ver “gratuito” (entiendo que sin nadie intencional detrás como en el mimetismo), en el que se señala para nosotros la esencia de la mirada. En estado de vigilia el mundo es omnivoyeur, nos mira, pero no es exhibicionista, no provoca nuestra mirada, sólo en el sueño eso muestra, el eso muestra está antes, nuestra posición en el sueño es la del que no ve (pg. 83), la de que el sueño nos mira.

Cita la fobia a la mariposa del hombre de los lobos, mariposa que con su aleteo le produce un temor infantil, para Freud el aleteo es representación de la apertura de los muslos de una mujer en el coito, para Lacan, la apertura y cierre del inconsciente que se constituye en el corte de la cadena significante. Maneras distintas de referirse a la castración, una desde la escena primaria y la otra como distychia y como corte en la cadena significante. “Reconoce que el aleteo no está muy lejos de la pulsación de causación, de la rayadura primitiva que marca su ser alcanzado por vez primera por la reja del deseo”.

Coloca este sueño en serie con el sueño de Thoang-tseu, Thoang-tseu sueña si no es la mariposa quien sueña que él es Thoang-tseu. Lacan nos dice varias cosas en torno a este sueño: primero que el soñante no está loco, ya que no está seguro de ser Thoang-tseu, para él es una pregunta, pregunta que no se hace cuando es mariposa, como mariposa no podría plantearse esta pregunta. Cuando era mariposa discernía cierta raíz de su identidad, cuando se despierta no es la mariposa que sueña que es, pero se pregunta y tendrá que dar fe de que se representa como mariposa, se le muestra su causación como sujeto, de forma similar a lo que le ocurre al hombre de los lobos en el sueño de la mariposa. Esta puesta en serie del sujeto como corte en la cadena significativa es lo que más se destaca en este momento.

La mirada puede contener el objeto “a” del álgebra lacaniana donde el sujeto viene a caer, puede simbolizar el fenómeno de la castración, pero por su función puntiforme, evanescente, deja al sujeto en la ignorancia de lo que hay, enmascara la *tyché*, quedando la visión como perteneciente al sujeto que se satisface imaginándose como conciencia. Es un escamoteo que evita la función de la mirada al servicio de la complacencia narcisista de un sujeto pleno. El psicoanálisis tiene como objetivo la elaboración de la función de sujeto, planteando al sujeto en su dependencia al significativo sin evitar la castración.

Pasamos a los contenidos que tratan más directamente de la cura analítica. Al inicio del capítulo VI sigue con la repetición que ya ha trabajado en los capítulos anteriores, la *Wiederholung*, que relaciona etimológicamente con halar, tirar del cabo y también con sirgar, el penoso trabajo de arrastre de las gabarras por los caminos marcados en las orillas de los canales, “el halar del sujeto, que siempre tira de su cosa para meterla por cierto camino del que no puedes salir” (pg. 59). ¿Cómo salir de la repetición?, estamos aquí en la repetición como automatismo; el término de automatismo de repetición es un término acertado ya que excluye la participación del sujeto representado, es algo que se impone al sujeto de forma automática. Es más pertinente que el de compulsión a la repetición, también usado, que implica la participación del sujeto.

Esta repetición no se refiere al automaton de las cadenas inconscientes tal y como anteriormente había desarrollado Lacan en su estudio sobre “La carta robada”, donde señalaba cómo las leyes en la sincronía condicionan cómo van a suceder las cosas en la diacronía. En la matemática de conjuntos, en un conjunto no hay entre sus elementos unos que sean más o menos importantes que otros, tampoco hay entre los significantes ninguna jerarquía dada naturalmente, se trata de una estructura definida por la articulación del significante como tal, que se basa en la pura diferencia, una estructura que implica los retornos, que se rigen por sus propias leyes, leyes del lenguaje.

Hay una sincronía en la combinación de elementos del inconsciente, y la repetición es el retorno de los signos programados por la sintaxis. Esto produce el constreñimiento en los decires del sujeto, tal y como se da en el juego de la elección de un naipe al azar, elección que no es azarosa y que tiene que tener en cuenta algo que viene del otro, el que dirige el juego, (pienso que utiliza esta metáfora para referirse al analista que dirige la cura). El automaton tiene que ver con el retorno, el retorno de los significantes, pero es un retorno incompleto, porque existe la castración, así que es un retorno no asegurado, algo dirige en la sincronía aquello que se despliega en la diacronía del uso de la palabra, pero que no es un retorno completo, ya que existe dystichia, los malos encuentros, que no se pueden simbolizar. El automaton de repetición va a activar las cadenas asociativas de las series de saber inconsciente e insiste por no poder llegar a la tyché como otro modo de repetición, como encuentro con lo real.

Habla de los monólogos infantiles, juegos repetidos donde se constata que la adquisición del lenguaje por parte del niño no se corresponde a una teoría del desarrollo, cito: “en el linde mismo del uso de la palabra, donde el niño que designa por un cua-cua lo que en ciertos casos se ha insistido en no llamar para él con el nombre de perro, transfiere ese cua-cua sobre cualquier cosa, mostrando si se le rectifica, con sus sollozos, que ese juego no es gratuito”, con estos juegos se van produciendo puntos de umbilicación, de enganche del sujeto en los cortes del significante, cortes de los que el más fundamental es la represión original, sobre la que Freud insistió siempre. El sujeto se va haciendo un lugar en los cortes del discurso, ejercitándose en el uso de la palabra. La ontogénesis psicológica no está en los pretendidos estadios que no tienen ningún aval biológico, los accidentes de la tyché son los que animan el desarrollo. En el encuentro del sujeto con la pulsión siempre hay un

desajuste temporal, siempre se da una falta de recursos simbólicos, los recursos simbólicos son siempre insuficientes para cernir lo real, el sujeto nunca está preparado para ciertos encuentros que se producen obligadamente a destiempo.

El decir se detiene al acercarse a un punto en el que no se puede decir más, y que se confunde con la resistencia “distinguir la resistencia del sujeto de la resistencia del discurso cuando éste procede del ceñimiento de lo real en torno a un núcleo” (pg. 75). Resistencia que es el núcleo duro del análisis, y que no es una resistencia del paciente, es una resistencia del discurso, pues lo real queda fuera de la articulación significativa. Allí Freud colocaba la identidad de percepción, más allá de la relación de los contenidos conscientes con el preconscious, están las marcas de los encuentros fallidos donde siempre hay una pérdida, presencia de lo real más allá de los retornos del significante.

Del conjunto de fenómenos que se incluyen en la transferencia es la pulsión la que nos puede conducir al corazón de la repetición, “para ello es necesario fundamentar en primer lugar esta repetición en la esquicia misma que se produce en el sujeto respecto al encuentro, esquicia que es lo característico del descubrimiento analítico, que nos hace aprehender lo real, porque lo real, en el sujeto, es lo más cómplice de la pulsión” (pg. 80).

Vuelve al sueño “Padre, ¿no ves que estoy ardiendo?”, en una lectura diferente en la línea de la tyché, del encuentro fallido en su relación con la pulsión. Da aquí una nueva definición de la repetición, la repetición como encuentro fallido con lo real, la repetición busca repetir lo que siempre escapa, lo que no se alcanza. Hay una primera esquicia entre el sueño y el despertar, despertar que hace volver a la trama de la conciencia que vive todo eso como una pesadilla: la caída de la vela, el incendio, el encuentro con el padre en el que se ha centrado el análisis en el capítulo anterior..., luego otra repetición íntima del padre, el niño muerto viene al lugar del objeto que falta, la del fracaso pulsional, el “Padre, ¿no ves...”. La dystichia del encuentro con la pulsión plasma la implicación del objeto “a” en la repetición.

Lacan se interesa por la pintura en diferentes lugares, aquí su interés se centra en la pintura renacentista, luego lo hará en el barroco, sobre todo en el seminario “Aún”. En el renacimiento, la óptica geométrica revolucionó el mundo de la pintura con la construcción de complejos

artilugios técnicos, que tienen en común la organización del cuadro en torno a dos puntos geométricos.

La perspectiva geometral anticipa el espacio pensado por Descartes y las fórmulas matemáticas que se desarrollarán en la geometría proyectiva. Se trata de puntos que se relacionan entre ellos según un ideal matemático, un espacio unificado, homogéneo, diferente a cualquier consideración psicofísica que no es tenida en cuenta. Hay coincidencia temporal entre la meditación cartesiana que inaugura la función del sujeto de la ciencia y los desarrollos de la física geometral; curiosamente en esta época surge también el gusto por las anamorfosis". 'Me veo verme' es una fórmula correlativa del cogito cartesiano en el cual el sujeto se capta como pensamiento. Es su envoltorio y su fondo, y fundamenta su certeza, quizás más de lo que se piensa".

Esta construcción omite lo que está en juego en la visión, ya que el espacio geometral de la visión lo puede construir perfectamente un ciego, la dimensión geometral de la visión no agota para nada, lo que de relación subjetivante originaria nos propone el campo de la visión como tal. Una persona ciega congénita tiene una construcción del espacio, el espacio geometral es asunto de la demarcación del espacio, no de vista, el ciego percibe perfectamente el espacio en el que habita, le basta aprehender una función temporal, la instantaneidad.

Pensamos que es la luz la que organiza el espacio, la que nos proporciona los hilos que van hacia los objetos, pero esos hilos no necesitan de la luz, solamente necesitan estar tensos. Un ciego puede seguir las demostraciones geometrales u organizar el espacio de un cuadro con los sistemas que hay actualmente en los museos, el sujeto está capturado en el campo de la visión, sólo hace falta que aprenda a aplicar las funciones de instantaneidad y simultaneidad. Con una técnica llamada DIDU se accede, a partir de una fotografía de alta definición a conferir a un cuadro formas y relieves de hasta seis milímetros, confiriendo perspectiva, texturas y poder representar diferentes planos en la misma pintura. La propagación de la luz es en línea recta, pero los hilos que organizan el espacio no precisan de la luz para conformarlo, mediante el tacto, palpando con la punta de los dedos una superficie se tiene la perspectiva de un espacio y de los objetos que hay en él.

La escultura, sin este intermediario tecnológico sofisticado, mediante la palpación de la obra, es el arte preferido, aquel del que más disfrutaban los invidentes. La luz está más allá del espacio geometral, se

refracta, titila..., la mirada está fuera soy mirado, soy cuadro, en el lugar central de todo cuadro hay un lugar en el que estoy anulado como sujeto.

La introducción en lo geometral de otras formas fuera de sus leyes, produce deformaciones que pueden prestarse “a todas las ambigüedades paranoicas (Dalí, Arcimboldo), diría incluso que esta fascinación complementa lo que de la visión pasan por alto las investigaciones geometrales sobre la perspectiva” (pg. 94). Coloca en este apartado la anamorfosis y los objetos del movimiento surrealista y la pintura moderna, con objetos que aparecen como manchas, pinceladas, y el barroco, que es el género pictórico en el que más se apoyará Lacan para sus elaboraciones futuras.

Dalí consideraba que su aportación más importante a la historia de la humanidad no era su obra pictórica, sino la creación del método paranoico-crítico que realizó en su juventud en los círculos surrealistas de París y que enseñó a Lacan, algo que reivindicó toda su vida. Plasmó en sus cuadros variados objetos deformes, siendo los relojes blandos los más repetidos. El primer cuadro en el que aparecen estos relojes lleva por título “la persistencia de la memoria”, título sugestivo, para una imagen luego repetida en otros cuadros, que es la imagen que más ha penetrado en el inconsciente de los espectadores, que identifican a Dalí con esos relojes. “La paranoia utiliza el mundo exterior para poner de relieve la idea obsesiva (delirante), con la inquietante peculiaridad de hacer valer la realidad de dicha idea ante los demás. La realidad del mundo exterior sirve de ilustración y prueba, y se pone al servicio de la realidad de nuestro espíritu”.

Otro objeto daliniano son los grandes panes: “Dalí gustaba en otra serie de cuadros, de colocar sobre la cabeza de una anciana, ex profeso mísera, mugrienta y además inconsciente, o los relojes blandos del mismo, cuya significación, desde luego, no es menos fálica que la de aquello que se perfila en posición volante en el primer plano de este cuadro” (pg. 95). Lacan sitúa estos objetos dalinianos como fálicos, simulando la erección y la detumescencia, así como el falo concebido por él como significante representa el significante que falta en el conjunto significativo, a la vez que el impulso a la vida de la mitología clásica.

Se refiere al cuadro “Los embajadores” de Holbein el joven, como ejemplo de anamorfosis conseguida. En lienzo aparecen dos diplomáticos de alto rango, rodeados de los objetos más valiosos de la época, representación de los valores de las ciencias y de las artes, valores fálicos

podríamos decir, las vanitas del mundo en el lenguaje de la época. En la zona central del cuadro, como flotando en el espacio, aparece un extraño objeto que no podemos descifrar, aunque nos acerquemos al lienzo en el interior de la sala, no podemos saber de qué se trata y tenemos que desviar la mirada, escapando de la fascinación del cuadro. La organización de la sala está pensada para conseguir el efecto que se busca, es fundamental el montaje con dos puertas para entrar y salir, y al salir, si volvemos la vista atrás, se ve nítidamente, en ese lugar central, una calavera, representación de la muerte. El vacío de la calavera con las órbitas oculares vacías muestra el anonadamiento del sujeto y a la vez una interrogación sobre el deseo del pintor, ¿qué habrá querido poner aquí? No se revela la mirada, que de hecho nunca se revela como objeto salvo en algunas experiencias psicóticas (solo fulgor, centelleo), pero sí el hueco constitutivo del sujeto del significante.

Se señala en el cuadro el lugar de la castración, la cual para nosotros centra toda la organización de los deseos a través del marco de las pulsiones fundamentales. Pero “debemos ir más allá del símbolo fálico del espectro anamórfico, la mirada en su función pulsátil esplendente y desplegada”. Proseguiré con el análisis de la obra pictórica, análisis del deseo del pintor. En la pintura se produce una presentación de la mirada que se impone al espectador, como un dado a ver.